

tensión muscular, y los cortes voluntarios. La historia, por su parte, ha establecido criterios geográficos e históricos para vincular el cuerpo a la ciudad y a la época, centrándose en los siglos XVIII y XIX. La interacción entre estos diferentes ámbitos de estudio ha sido muy pobre pero aun así Kogan consigue rescatar dos ejes comunes a la investigación del cuerpo. Uno contrastaría la visión del cuerpo del otro con la reflexión acerca del cuerpo propio. El otro enfrentaría, como antagónicos, los esquemas estructuralistas —con los cuales muchos especialistas han abordado el cuerpo— y las perspectivas fenomenológicas.

Liuba Kogan pone de relieve en su libro una tercera mirada prácticamente ignorada en la bibliografía local sobre el tema. Es la de la edad. Kogan piensa que el cuerpo encarna una “memoria andante” que, como tal, ofreciendo una enorme riqueza subjetiva, no puede ser descuidada en el estudio de la vinculación del primero con la construcción de la identidad.

La indagación de la “variable edad” a través del método de la entrevista confronta a Kogan con la evidencia de una sociedad en cambio donde la crisis del patriarcado y la desaparición de la sociedad oligárquica han cedido lugar a una secularización de la vida social y una consolidación de un mundo interconectado marcado por las múltiples posibilidades del consumo simbólico.

Liuba Kogan ha escrito una obra original y solvente que posee, además, la virtud de ser una integración interna y externa de su propia narrativa personal.

INTRODUCCIÓN

Si bien no resulta habitual que el investigador se ubique como un ser concreto, encarnado en un cuerpo, para señalar desde qué marcas se enfrentará a su investigación, el proceso que dio pie a este libro me llevó a mirar con extrañeza y perplejidad la forma en que los académicos usualmente hemos abordado un asunto medular en torno a nuestros objetos de estudio: el lugar de su enunciación. Ha sido más bien frecuente que los investigadores expliciten el lugar de enunciación desde universales abstractos. Se ha esperado que hagan una confesión de parte sobre sus inclinaciones ideológicas, sus preferencias teóricas o su adscripción de clase. Hacerlo, sin embargo, no implica asumir que se escribe no solo desde cuerpos inscritos por los imperativos culturales sino también con materialidad: cuerpos que sienten placer, dolor o vergüenza: cuerpos que gimen, respiran, gozan, envejecen y se representan esos procesos; en definitiva, *cuerpos vividos*. Esta omisión, creo yo, no es inocente, pues nos exime de la tarea

de abordar nuestros objetos de estudio con cierto candor y sonrisa, con placer sensorial, con menos dramatismo y mayor empatía, con gozo y con intuición, para, en suma, no solo pensar con la mente sino también con el cuerpo. Y escribir con el cuerpo —es decir, sentir nuestros objetos de investigación, a la vez que pensarlos— es una tarea mucho más exigente.

Debo confesar que el tema del cuerpo me ha perseguido, durante años, porque la relación entre cuerpo e identidad fue un asunto muy presente e inquietante en mi vida. La experiencia migratoria de mi familia implicó un permanente ejercicio de búsqueda de identidad, en la medida que el lugar de origen de mis cuatro abuelos —pequeños pueblos de Europa Central— dejó de existir en los mapas a consecuencia de guerras y redefiniciones territoriales; desaparecieron también muchos de mis parientes por causa del genocidio que se produjo durante la Segunda Guerra Mundial. Es decir, tuve que construir mi identidad y mi corporeidad en un medio donde resultaban extrañas, pero a la vez, con la memoria de una realidad familiar, cultural y geográfica que prácticamente se extinguió en 1945. Esta particular posición en la que me colocó la historia me hizo urgente definir quién era y cómo era, generando en mí una especial sensibilidad en torno a la vivencia del propio cuerpo.

Por otra parte, este interés por los cuerpos y sus representaciones fue dando sus frutos académicos a par-

tir de diferentes trabajos de investigación que realicé en torno a la temática del género.

Relacionar el sexo, el género y el cuerpo fue un hallazgo académico muy estimulante derivado de mi tesis de licenciatura¹ en torno a la subjetividad de las mujeres y varones del sector socioeconómico alto de Lima, resultados que presenté a inicios de la década del noventa y que fueron publicados a fines de 2009 con el título *Regias y conservadores. Mujeres y hombres de clase alta en la Lima de los noventa*². Seguí desarrollando el tema luego, especialmente con mujeres y varones jóvenes de sectores medios y altos de Lima, en la Tesis de Maestría en Estrategias de la Comunicación³, al abordar el estudio de la publicidad televisiva. Mis investigaciones me obligaron a hurgar las representaciones sobre los cuerpos en la pantalla y cómo influían en la propia percepción de la corporeidad desde la perspectiva de los jóvenes.

Finalmente, escribí algunos ensayos sobre la corporeidad en torno a sus representaciones en jóvenes uni-

¹ Liuba Kogan, *Masculinidad/femineidad: estereotipos de género en el sector socioeconómico alto de Lima*, tesis de licenciatura, Pontificia Universidad Católica del Perú, Lima, 1992.

² Liuba Kogan, *Regias y conservadores. Mujeres y hombres de clase alta en la Lima de los noventa*, Fondo Editorial del Congreso del Perú, Lima, 2009.

³ Liuba Kogan, "En torno al sexismo en la publicidad televisiva: ¿Discursos expertos versus discursos no expertos?", en Santiago López Maguiña, Gonzalo Portocarrero y Víctor Vich (eds.), *Estudios culturales: discursos, poderes, pulsiones*, Pontificia Universidad Católica del Perú, Lima, 2001.

versitarios⁴, lo mismo que sobre género, cuerpos y tecnologías interactivas⁵; cuerpos y desórdenes alimenticios⁶; cuerpos y mandatos culturales de la cultura del *fitness*⁷, y, por último, cuerpos e identidades poshumanas⁸.

Una revisión bibliográfica nos permite constatar que resultan escasos los estudios empíricos alrededor del cuerpo, más aun si se trata de cuerpos sanos y heterosexuales, puesto que en términos epistemológicos los espacios de disrupción definidos por los cuerpos anómalos, por decirlo de algún modo, parecen haber sido las grandes canteras de las interrogantes teóricas. Cuerpos transexuales, enfermos, torturados, de gemelos unidos, etc., constituyeron el espacio desde el cual se generó la reflexión. ¿Son los gemelos unidos dos personas aunque compartan el mismo cuerpo y experiencia de vida? ¿Qué sucede con el cuerpo cuando perdemos la memoria? ¿Qué efectos produce la tortura corporal sobre la identidad? ¿Qué tipo

4 Liuba Kogan y Alicia Pinzás, "Representaciones corporales en jóvenes de clase media", en *Plural*, revista de Estudios Generales, Universidad de Lima, núm. 6-7, Lima, 1998.

5 Liuba Kogan, "Género, cuerpo y sexualidad. Jóvenes de clase media en la época de las tecnologías interactivas", en *TEMPO. Las clases medias*, OXFAM/SUR, Lima, 1998.

6 Liuba Kogan, "La construcción social de los cuerpos o los cuerpos del capitalismo tardío", en *Persona*, revista de la Facultad de Psicología, Universidad de Lima, núm. 6, Lima, 2003.

7 Liuba Kogan, "Performar para seguir performando: la cultura *fitness*", en *Anthropologica*, Pontificia Universidad Católica del Perú, núm. 23, Lima, 2004.

8 Liuba Kogan, "¿Identidades poshumanas?", en *Contratexto*, revista digital de la Facultad de Comunicación, Universidad de Lima, año 1, núm. 2, Lima, 2004.

de relaciones se establecen entre el cuerpo intersexual y la identidad? Estas preguntas ocuparon el interés de los estudios mencionados.

En este libro busco explorar qué tipo de conocimientos podemos lograr acerca de la percepción de los sujetos sobre sus cuerpos desde una perspectiva epistemológica que no se ancle en el paradigma de la abyección o la disrupción. En otras palabras, abordo los discursos en torno a la corporeidad de mujeres y hombres limeños, de diferentes grupos de edad y clases sociales, sanos y heterosexuales, para entender la relación de los sujetos con su propio cuerpo.

La relevancia de este trabajo radica en la posibilidad de ampliar y redireccionar la perspectiva desde la cual se han ido desarrollando los escasos estudios sobre la relación de los sujetos con sus cuerpos. Creemos que abordar estos últimos desde la perspectiva de los sujetos puede ayudarnos a comprender en las culturas urbanas, y en particular la limeña, procesos culturales y sociales inscritos en el nuevo entorno generado por la globalización.

Debemos puntualizar, sin embargo, que apostamos por el estudio de la relación del sujeto con su cuerpo a partir del lenguaje, en contraste con otras perspectivas metodológicas, como las de la performance o la estructuralista, esta última la más desarrollada en nuestro país desde una órbita muy influenciada por Foucault. Nos interesa explorar la dimensión de reflexividad que supone considerar nuestro cuerpo como objeto de contemplación.

Pensamos que la relación del sujeto con su cuerpo en el contexto de la sociedad de la información puede haber cambiado significativamente debido a que las representaciones sobre él saturan la cultura popular urbana.

Para comprender el concepto de *cuerpo vivido* que utilizamos en el libro, es necesario mencionar que en la corriente principal de la filosofía occidental el cuerpo como materia ocupó una posición poco privilegiada. Desde el pensamiento platónico, la materia representó una versión degradada e imperfecta del mundo de las ideas, y el cuerpo fue visto como la prisión del alma, la razón o la mente⁹. En la tradición cristiana se asoció el cuerpo con la caducidad y el alma con lo inmortal, bajo una dicotomía que cede la preeminencia a lo inmaterial. Mientras que el pensamiento cartesiano, aún muy influyente en el mundo occidental, separó el alma/mente (*res cogitans*) de la naturaleza/cuerpo (*res extensa*).

Según Grosz¹⁰, esta herencia del cartesianismo habría privilegiado tres formas de investigación sobre el cuerpo: el cuerpo como un sistema orgánico; el cuerpo como un instrumento o recipiente ocupado por el alma y disociado de ella; y por último, el cuerpo como vehículo de expresión y de recepción de ideas, sentimientos y afectos; pero totalmente pasivo, es decir, sin agencia.

⁹ Elizabeth Grosz, *Volatile Bodies. Toward a Corporeal Feminism*, Indiana University Press, 1994, pp. 5-8.

¹⁰ *Ibíd.*, pp. 8-9.

No se desarrolló en la corriente principal de la filosofía occidental un interés por el sujeto y su propio cuerpo. Sin embargo, el concepto de *cuerpo vivido* puede rastrear-se desde las reflexiones de fenomenólogos como Husserl, Bergson, Merleau-Ponty y Ricoeur¹¹, nutridas a su vez de la tradición filosófica marginal de Spinoza, Nietzsche y Vico.

De modo general, para Husserl, Bergson, Merleau-Ponty y Ricoeur el cuerpo vivido es la conciencia que tenemos sobre nuestra experiencia corporal. En la experiencia cotidiana de las personas cuerpo vivido y *yo* tenderían a (con)fundirse, por lo que no se presentaría una situación propicia de reflexividad. Sin embargo, existirían situaciones en las que cuerpo vivido y *yo* no coinciden. Un ejemplo se verifica cuando la persona se asume como sujeto trascendental; otro cuando “sectores o funcionamientos fisiológicos y aun meramente físicos del organismo [...] no llegan a integrarse en la personalidad individual”¹², como sucede en los momentos que no somos conscientes de la textura de nuestros tejidos, del flujo sanguíneo, del latido del corazón, etc. Así, con excepción de situaciones extremas —el sujeto en estado vegetal o sometido a anestesia general—, las personas seríamos y sentiríamos a partir de nuestros cuerpos.

[...] en la zona que corresponde a nuestro ser habitual, incluidos los contactos con otras personas y co-

¹¹ *Ibíd.*, p. 280 y ss.

¹² *Ibíd.*, p. 290.

sas, cuerpo vivido y yo se confunden; nos hallamos aquí en un plano en el que las actitudes asumidas o los afectos experimentados poseen un carácter ambiguo, pues ya originalmente constituyen un comportamiento psicofísico.

El sentido antropológico del cuerpo reside pues en su enraizamiento en la personalidad, que por una parte refleja y por otra contribuye a formar, en una ceñida dialéctica¹³.

Además, el cuerpo nos permitiría una presencia en el mundo gracias a que es un organismo concreto que nos posibilita la experiencia perceptiva. Como resultado, nuestra subjetividad resulta en gran medida una prolongación de nuestros cuerpos, con lo cual se convierten en una condición para nuestra existencia, una "base de operaciones"¹⁴ desde la que actuamos en el mundo, pero que a la vez está colmada de significado. Como señala Grosz, el cuerpo humano, en tanto cuerpo vivido, trasciende lo meramente biológico, sin abandonarlo:

Por cuerpo entiendo una organización concreta, material, animada de carne, órganos, nervios, músculos y estructura esquelética que adquieren unidad, cohesión e interdependencia solo a través de su inscripción física y social como superficie y materia prima de una totalidad integrada y fluida [...]. El cuerpo se convier-

te en cuerpo humano, un cuerpo que coincide con la "forma" y el espacio de la psique, un cuerpo cuya superficie epidérmica se relaciona con una unidad física, un cuerpo que de este modo, en términos psicoanalíticos, define los límites de experiencia y subjetividad mediante la intervención de la madre/el otro y, finalmente, el Otro o el orden simbólico¹⁵.

Señalemos pues, que el cuerpo vivido es un *cuerpo humano* en tanto se le asigna sentido a partir de la experiencia intersubjetiva en espacios físicos concretos.

El método

Nuestro interés principal radica en profundizar dos asuntos teóricos medulares. Uno se dirige a investigar en qué medida el nuevo escenario de la globalización y de la proliferación de información ha trastocado la relación del sujeto con su propio cuerpo, dotando al primero de una capacidad para establecer un discurso sobre él que era cuestionada por los teóricos a fines de los ochenta e inicios de los noventa. En segundo lugar, nos proponemos explorar qué tipo de discursos se pueden generar en un contexto de entrevista. Como nuestro interés en la investigación sobre la corporeidad está centrado en responder a dichas interrogantes, trabajamos con una *muestra teórica*.

¹³ *Ibíd.*, p. 295.

¹⁴ *Ibíd.*, p. 283.

¹⁵ Elizabeth Grosz, "Bodies-Cities", en Janet Price y Margrit Shildrick, *Feminist Theory and the Body. A Reader*, Routledge, Nueva York, 1999, pp. 381-387.

El propósito principal del muestreo teórico es la emergencia de teoría y no la verificación de hechos, por lo que se toma un conjunto de sujetos para la investigación bajo el criterio de que permitirán discutir proposiciones teóricas. Se buscan, por ende, informantes ad hoc y se pretende saturar la muestra a medida que transcurre la investigación. Ello explica, en nuestro caso, que trabajemos con sujetos de distintas edades y clases sociales, ya que no buscamos describir *un* grupo social en particular. Planteamos una investigación empírica cualitativa y un diseño trans-seccional, con la realización de entrevistas individuales semiestructuradas a tres varones y a tres mujeres cuyas edades se encontraban en el rango que va de 20 a 70 años, sin excluir a ninguna generación. Hubo así, en la misma proporción, entrevistados de 30, 40, 50 y 60 años. De este modo, se arribó a un total de 36 entrevistas a personas de diversas clases sociales.

Lo que inspiró el diseño metodológico de esta investigación fue un cierto *anarquismo epistemológico* tomado de los trabajos de Feyerabend¹⁶, quien plantea que el trabajo adherido al “método” no permite la libertad de quien investiga como “diletante”. Este último puede desplegar su creatividad a medida que avanza en el trabajo de campo y la interpretación de sus resultados. Bynum¹⁷ llama a esta ac-

¹⁶ Ver de Paul Feyerabend *Tratado contra el método; esquema de una teoría anarquista del conocimiento*, Tecnos, Madrid, 1981; y *¿Por qué no Platón?*, Tecnos, Madrid, 2001.

¹⁷ Caroline W. Bynum, *Metamorphosis and Identity*, Zone Books, Nueva York, 2001.

titud “una forma cómica de investigar” por contraposición a otra forma “dramática” que no permite la formulación de *categorías emergentes* en el curso de la investigación. En *Lo obvio y lo obtuso* Barthes¹⁸ lo señala claramente:

En cierto momento hay que volverse contra el método, o al menos, tratarlo sin los privilegios del fundamento, como una de las voces de lo plural, como una vista, un espectáculo, en suma, engastado en el texto; en ese texto que es a fin de cuentas, el único verdadero “resultado” de cualquier investigación.

Acercarnos con esta actitud a nuestro espacio epistemológico —el estudio de la corporeidad desde la perspectiva del *cuerpo vivido*— resultó de algún modo natural en la medida que constituye un ámbito poco explorado.

En nuestra investigación encontramos, sin embargo, que hablar sobre el cuerpo resultó para un grupo de entrevistados, además de una sorpresa, una oportunidad valorada de reflexión. Es cierto también que otro grupo lo tomó como una molestia: “¡¡¡y dale, otra vez con el cuerpo!!!”, se quejó una abogada de 35 años; mientras llegada la pregunta final de la entrevista (“¿deseas agregar algo?”), un hombre de 43 contestó:

¿Agregar? Qué te puedo decir... que me parece interesante y por momentos me da curiosidad la encuesta:

¹⁸ Roland Barthes en Leonor Arfuch, *El espacio biográfico. Dilemas de la subjetividad contemporánea*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 2002, p. 203.

me psicoanalizas [él es un dentista que me pidió entrevistarlo él echado en su sillón dental y yo sentada en la silla de dentista]. Pero me parece que tu entrevista se desvía mucho hacia lo físico. No estuve a la defensiva, sino simplemente que no... lo físico no ha primado en mi vida, es un buen complemento [...]. Quien se fija mucho en lo físico es muy materialista, muy vano... la belleza es efímera... ahora una mujer puede estar muy bonita y después va cambiando y así la tienes que seguir queriendo, ¿no? Tienes una flor hoy día y mañana la pisas y no queda nada. Eso no es lo que vale.

Resulta, pues, interesante la indagación acerca de cuánto se puede tematizar el cuerpo en el marco de una entrevista en ciencias sociales. Por ello elegí conversar sobre el cuerpo a partir de una *coyuntura vital*¹⁹ o momento de decisión dramática en un contexto de posibilidades que los entrevistados consideraban de gran importancia. Empleé conjuntamente fotografías rememorativas de ese momento, que, en tanto técnica proyectiva, permitían un diálogo fluido mientras avivaban recuerdos y fantasmas.

El carácter narrativo —contingente, múltiple y coral— del yo puede discutirse a partir de la propuesta de Levinas acerca de la *soledad del existir*: “soy sin puertas ni ventanas”²⁰. La existencia sería algo que se puede narrar

¹⁹ Jennifer Johnson-Hanks, “On the Limits of Life Stages in Ethnography: Toward a Theory of Vital Conjunctions”, en *American Anthropologist*, 104, 3, pp. 865-880.

²⁰ Arfuch, ob. cit., p. 100.

pero no comunicar: el otro nunca podrá estar en total comunión con uno, ya que nuestro lugar de enunciación, conforme a nuestra percepción de lo real, sería único e intransferible. Esto último nos permitiría establecer una diferencia entre el espacio de lo íntimo (lo incommunica-ble) y lo privado (lo que podemos narrar a otro). Así pues, se plantea la pregunta acerca de cuánto podemos acercarnos al otro y su mundo íntimo o —en lo que concierne al investigador— desde qué lugar puede acercarse a su *objeto de estudio* y en qué medida el *informante* puede narrar la autopercepción de su cuerpo. Asumimos, pues, que los sujetos que colaboraron con la investigación se permitieron en mayor o menor medida narrar aspectos de su corporeidad e identidad, muchas veces rozando el espacio de lo íntimo expresado en el conato de llanto: “¿Hay algo que quisiera agregar sobre lo que estamos conversando?”. “No nada, porque ya me pongo a llorar...”.

Si bien existe una preocupación teórica interesantemente desarrollada en torno al tema del cambio y la permanencia desde la antropología y la historia, en términos metodológicos se ha avanzado relativamente poco²¹. Los *diseños longitudinales* o de panel son muy difíciles de llevar a cabo si pretendemos analizar la vida de los individuos durante un periodo de tiempo significativo: es difícil conseguir financiamiento y apoyo institucional para es-

²¹ John y Jean Comaroff, *Ethnography and the Historical Imagination*, Westview Press, Boulder, 1992, p. 73.

tudios que impliquen muchos años de investigación, más aun si se trata de estudios cualitativos. En las pesquisas cuantitativas llevadas a cabo —principalmente desde la psicología— se plantea el estudio de una sola variable (por ejemplo, la autoestima) y en periodos de tiempo relativamente cortos²². En otra vereda, los *estudios trans-seccionales*, relativos a grupos de edad diferente en un momento dado de tiempo, no nos brindan la oportunidad de controlar la influencia del entorno histórico sobre las diferentes cohortes puesto que se conversa con personas que vivieron sus etapas de vida en horizontes tecnológicos, culturales y sociales muy diversos. Por otra parte, los estudios cuantitativos de corte trans-seccional, realizados también desde la psicología para explorar cambios y permanencias en la identidad, han evidenciado problemas de representatividad estadística, en la medida que las cohortes de edades avanzadas están sobrerrepresentadas por individuos que gozan de buena salud.

Para este libro, apelamos al diseño trans-seccional y al trabajo con la memoria pidiéndoles a las personas que recordaran cómo veían su cuerpo o cómo lo sentían en una determinada *coyuntura vital*. Asumí lo inevitable de la *intervención correctora de la memoria*²³, su selectividad y

²² David Magnuson (ed.), *Longitudinal Research on Individual Development; Present Status and Future Perspectives*, Cambridge, Cambridge University Press, 1993; y David Funder (ed.), *Studying Lives through Time: Personality and Development*, American Psychological Association, 1996.

²³ Anthony Giddens, *Modernidad e identidad del yo. El yo y la sociedad en la época contemporánea*, Ediciones Península, Barcelona, 1998.

la *ilusión biográfica* que articula una totalidad a partir de fragmentos²⁴, segura de que estas restricciones no me impedirían plantear hipótesis de trabajo preliminares sobre el cuerpo de hombres y mujeres en el transcurso del ciclo vital, pero consciente a la vez de la “precariedad metodológica” de mi apuesta y los límites que le fijaba a la interpretación de los resultados.

Emplear entrevistas para construir relatos de vida puede encuadrarse dentro de un “espacio biográfico”²⁵ que incluye diversas formas narrativas, dialógicas, conversacionales o interactivas en constante hibridación²⁶. Es una herramienta que, por un lado, permite flexibilidad para abordar los discursos²⁷ pero, por otro, plantea nuevos dilemas metodológicos en torno al uso de estos materiales discursivos en el marco de la investigación social²⁸. Así, en este mapa de vecindades y diferencias encontramos historias orales, novelas de no ficción, nuevo periodismo o periodismo literario, literatura de viajes o testimonial y el film documental. Sin embargo, apelé al uso de la entrevista como herramienta para la construcción de relatos

²⁴ Bourdieu en Comaroff, ob. cit., p. 73.

²⁵ Arfuch, ob. cit., p. 177.

²⁶ James Clifford, *The Predicament of Culture*, Harvard University Press, Massachusetts/Londres, 1988.

²⁷ Franco Ferrarotti, “Acerca de la autonomía del método biográfico”, en Jean Duvignaud (comp.), *Sociología del conocimiento*, Fondo de Cultura Económica, México D. F., 1982, pp. 125-145.

²⁸ Patricia Ruiz Bravo, *Sub-versiones masculinas. Imágenes del varón en la narrativa joven*, Centro de la Mujer Flora Tristán, Lima, 2001.

en torno a la corporeidad, a partir de la identificación de una coyuntura vital que los informantes consideraron de trascendental importancia en sus vidas.

La entrevista

La reflexión en torno a las metodologías cualitativas²⁹ y al uso de instrumentos como la entrevista nos plantea principalmente el reto de abandonar la pretensión de *transparencia* y *neutralidad* de la herramienta y la presunta *inocuidad* del punto de vista del investigador. Trabajamos, de hecho, con las interpretaciones de los informantes sobre aquello que nos narran y, a la vez, interpretamos sus interpretaciones. No podemos, en consecuencia, aprehender “la verdad de los hechos” sino diferentes niveles de profundidad con nuestro trabajo interpretativo³⁰.

Así, desde una perspectiva crítica, puedo identificar tres momentos claves en la *gestión* de la entrevista, a partir de nuestra necesidad como investigadores de “dar forma a lo que es informe”³¹:

- a. El tiempo de la vida (lo informe) que hemos pretendido explorar a partir del trabajo interpretativo del informante y del investigador, considerando el

²⁹ M. L. Tarrés (coord.), *Observar, escuchar y comprender. Sobre la tradición cualitativa en la investigación social*, El Colegio de México, México D. F., 2001.

³⁰ Clifford Geertz, *La interpretación de las culturas*, Gedisa, Barcelona, 1997.

³¹ Arfuch, ob. cit., p. 87.

diálogo en torno a una coyuntura vital solo asible a través del trabajo interpretativo.

- b. El tiempo de la narración, donde se produciría una invención dialógica³² entre el investigador y el informante a partir de un “pacto de responsividad”³³:

[...] el enunciado se adelanta a las expectativas y objeciones del otro, de modo que responde por anticipado a ese otro... Pero ese responder es también hacerse cargo, responder para el otro; así responsividad y responsabilidad tienen la misma raíz [...]. El dialogismo es entonces también una ética.

De modo tal que el pacto de la entrevista fue posible porque conversé con personas con las que tenía una cierta cercanía y mutua empatía, sin considerarnos, sin embargo, amigos que interactuaran frecuentemente. Empero, en tanto el tema de conversación aparecía como “muy comprometedor”, muchos informantes accedieron a conversar, por la confianza que les inspiraba como persona, y algunos confesaron que evadieron una que otra vez un próximo encuentro. Descarté entrevistar a una señora mayor que se mostró muy tensa y pidió como condición para la entrevista ser acompañada de una hija. Mientras otro grupo señaló que lo que motivó el encuentro dia-

³² Leonor Arfuch, *La entrevista, una invención dialógica*, Paidós, Barcelona, 1995.

³³ Arfuch, *El espacio biográfico. Dilemas de la subjetividad contemporánea*, ob. cit., p. 96.

lógico fue la curiosidad o el deseo de colaborar. En ese contexto, muchos entrevistados sentían que estaban “desnudando” su vida y yo, como entrevistadora, sentí muchas veces pudor frente al llanto, la tristeza o las confesiones personales. Decidí asumir una actitud de escucha respetuosa que no pretendió forzar a los entrevistados a llegar a la “verdad” de ese mundo informe de la vida con relación a la coyuntura vital sobre la que conversamos. Algunos entrevistados mencionaron haber sufrido enfermedades graves pero no las detallaron y yo no pregunté sobre ello. En algunos pocos casos, las entrevistas aportaron un material relativamente *pobre*, en tanto los entrevistados no se permitieron hablar con soltura sobre sus sentimientos o vivencias. Sin embargo considero que ello no necesariamente responde a una “mala entrevista”, sino al escaso entrenamiento de algunos entrevistados para hablar sobre sí mismos y su cuerpo más allá del *deber ser* institucional. Esto parece haber marcado las entrevistas de algunas categorías profesionales más que otras (médicos y administradores *versus* comunicadores o científicos sociales) y en menor medida de personas de diversos sectores socioeconómicos u origen regional (personas de estratos bajos y de origen rural *versus* personas de estratos medio-altos y de origen urbano). El anarquismo metodológico que asumí hizo que no me sintiera incómoda con algunas pocas entrevistas que no aportaban aparentemente mucho discurso para el análisis. Consideré los silencios, omisiones y reticencias como material igualmente significativo.

La responsabilidad de guardar total reserva sobre lo conversado fue puntualizada por algunos entrevistados:

Hay cosas de esta entrevista que no pueden entrar en mi currículum, porque si no, me botan [de su trabajo]. [No te preocupes, lo que hemos conversado queda aquí]. No, además si no queda, si sale, si lo dices, será una prueba más si [el lugar donde trabaja] sigue siendo un grupo de termocéfalos: un sitio donde uno no puede hablar con libertad (Alfonso, 64 años).

[¿Hay algo que quisieras agregar?].

No... me parece simpática. Algunas preguntas son muy personales, pero... no, no sé... me parece interesante, porque son cosas en las que no había pensado. Quiero que compartas esta investigación y que no salga el nombre... ¡Por favor! (Bruno, 41 años)

Y de otro lado, la “responsividad” se manifestaba en la preocupación de los entrevistados en “decir lo que creían esperaba la entrevistadora”. En algunos casos, debido a la temática de la entrevista poco usual, algunos informantes no lograban entender cuál era el objetivo de la entrevista, lo que los desconcertaba y generaba dificultades para “enganchar con el pacto de responsividad”:

[¿Hay algo que quisieras agregar?].

Bueno, las preguntas son bien cuestionadoras. Porque en verdad yo me pregunto: si hubiera tenido las preguntas antes, si yo te hubiera contestado igual. Porque no son preguntas de sí o no o esta es la verdad. Hay muchas respuestas en que... tienes un abanico de co-

sas que sientes y tienes que tratar de buscar aquella que está marcando más y te deja pensando realmente... Y no son temas en los que reflexionas todos los días, ¿no?

[¿Qué crees que ha cambiado de ti en el tiempo?].

La pasión por el arte... o sea, en realidad apasionarme más por las cosas. No sé si eso es lo que quieres. ¿Por allí va tu pregunta?

[¿Hay algo que quisieras agregar a lo que hemos conversado?].

Me ha parecido interesante la entrevista. Me ha hecho reflexionar antes... de emitir mi respuesta. Fundamentalmente, he... he tratado de ser lo más sincero posible para efectos del objetivo que buscas con esta entrevista...

El tiempo de lectura, análisis e interpretación implicó un trabajo previo de “edición” del material de audio donde se manifiesta inevitablemente la “subjetividad correctora” del investigador (qué hacer con la palabra del otro, cómo transcribir lo registrado, qué signos respetar y reponer, etc.). Pero además, qué preguntas le planteamos al texto o quiénes imaginamos como los destinatarios de nuestra investigación, marcará en gran medida nuestro “giro interpretativo”. La transcripción del material de audio y la forma de analizarlo podría llevarnos a corroborar nuestras hipótesis preliminares, malogrando la posibilidad de “hacer hablar al texto”. Para que lo último ocurra, es necesario leer las transcripciones con un cierto candor ajeno

a las presiones que la técnica impone (identificación de temas y variables para el trabajo con algún *software*), lo que no implica abandonar el rigor del análisis y la interpretación anclado en el uso de matrices que de manera sucesiva permitieron visualizar el universo discursivo.

[...] no en vano han transcurrido en el siglo XX los estudios del lenguaje y el discurso, el psicoanálisis, la crítica literaria, la hermenéutica, la narratología, la comunicación. Asumir hoy el desafío de trabajar con relatos de vida presupone esa herencia: el lenguaje no ya como una materia inerte, donde el investigador buscaría aquellos “contenidos” afines a su hipótesis, a su propio interés, para subrayar, entrecomillar, citar, glosar, cuantificar, engrillar... sino, por el contrario, como un acontecimiento de palabra que convoca una complejidad dialógica y existencial³⁴.

El trabajo de campo se realizó entre los meses de agosto de 2005 y diciembre de 2006, aplicando, como dijimos, 36 entrevistas a varones y mujeres de diferentes edades y clases sociales.

El libro ha sido estructurado en tres partes. En la primera desarrollamos aspectos teóricos que vinculan al cuerpo y la identidad: exploramos cómo las ciencias sociales clásicas y contemporáneas conceptuaron al cuerpo, revisamos la cantera teórica que ha permitido problematizar la relación entre cuerpo e identidad y, desde una pers-

³⁴ Arfuch, *La entrevista, una invención dialógica*, ob. cit., p. 190.

pectiva sociocultural e histórica, presentamos tres modelos desde los cuales los científicos sociales analizaron las relaciones entre cuerpo e identidad.

La segunda parte presenta un balance de los estudios en torno al cuerpo en el Perú mientras que en la última mostramos los resultados de la investigación empírica llevada a cabo por nosotros.

Cabe destacar que los entrevistados exhibieron en sus discursos sobre el cuerpo un desdén por su materialidad —la *carne*— a la par que una visión cartesiana que lo contraponía al concepto de alma. Quizás por ello, hombres y mujeres tuvieron, en general, bastantes dificultades para reconocer mutuas influencias entre cuerpo e identidad.

El cuerpo es vivido de modo muy diferente según sexo y edad. Para las mujeres, representa una superficie destinada a los otros, ausente de materialidad pero aun así escenario de una vivencia problemática. En contraste, los hombres lo asumen como un organismo pleno de materialidad, vinculado por lo tanto a los sentidos, la sexualidad y el goce. Pese a ello, los hombres mayores desdénan el adorno corporal por considerarlo feminizador, a diferencia de los más jóvenes que empiezan a concebir sus cuerpos como un núcleo de creación de identidad. Son estos últimos, no obstante, los menos satisfechos con su aspecto. Por lo demás, el paso de los años logra que tanto mujeres como hombres aprecien la salud física y concedan al cuerpo menos valor en la tarea de ser portador de su interioridad.

Este libro no podría haber visto la luz sin la gentileza de las personas que accedieron a conversar conmigo. Quiero dejarles en estas líneas mi agradecimiento por compartir sentimientos y experiencias significativos. Sus nombres y circunstancias particulares han sido alterados para preservar su anonimato.

Deseo también manifestar mi gratitud a mis padres Rubén y Berta Kogan, a los que les debo un apoyo incondicional, y a mi hija Alessandra, a quien me une la promesa de seguir mirando juntas, con mucha alegría, los intensos caminos de nuestras vidas.